

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

De la Natividad de la Virgen.

—
(Continuacion.)

Grande fué nuestra España, grande sobre todas las naciones, elevada sobre todas ellas como el cedro sobre la grama, ostentando en su cabeza magestuosa la corona de dos mundo, y empuñando el cetro de todas las soberanías que revelan el apogeo de la civilizacion, á saber; el cetro de la inteligencia por sus filósofos, el cetro de la sabiduría por sus doctores, el cetro de las ciencias por sus sábios, el cetro del génio por sus artistas, el cetro de la política por sus estadistas, el cetro del heroismo por sus capitanes, el cetro de la fuerza por su dominacion, el cetro de la virtud por sus grandes Santos y el cetro de la fé por su celo católico. Este es el secreto de su fuerza, la clave

de sus grandezas, el poderoso talisman con que obró tantas maravillas.

Bendita sea la fé católica que nos hizo tan grandes en lo pasado, que nos alienta en medio de las desgracias presentes, y nos hace esperar dias mas felices y lisongeros.

Bendita sea María, nuestra Patrona, que siempre nos ha dispensado los beneficios de su poderosa intercesion, y no dejará de protegernos contra los enemigos modernos como protegió á nuestros padres contra los antiguos infieles y herejes, si nosotros nos mostramos dignos de sus favores.

Entre tanto, pongamos los ojos en nuestra reina y acudamos reverentes y confiados á nuestra excelsa Madre en demanda de su amorosa proteccion. Dios ha pu es

to en sus manos la plenitud del poder y de la gracia á fin de que todos recibamos de esa plenitud divina cuanto necesite cada uno para remediar los males inherentes á las miserias humanas. ¿Quién rehusará su protección? ¿Quién temerá acercarse á María? Ella nos llama, nos estimula, alienta nuestra flaqueza, excita nuestra fé, robustece nuestra esperanza, y nos compele *dulcemente* á la demanda, á la súplica, á la declaracion de nuestras miserias, á la confesion de nuestras necesidades, á la manifestacion de nuestro amor, de nuestra confianza y de nuestro completo abandono en el seno amorosísimo de la que es en el cielo Reina poderosa y en la tierra Madre amantísima. El que tiene señorío absoluto sobre todas las cosas, ha puesto en las manos de María todo poder en el cielo y en la tierra, el Padre las maravillas de la creacion, el Hijo los tesoros de la Redencion, el Espiritu Santo las riquezas de la gracia y la Trinidad Beatísima, los esplendores y magnificencias de la gloria. Y como el corazon de María es corazon de Madre para nosotros, y el corazon de la Madre es la pátria del amor, ¿para quién han de ser tantas riquezas, y tan grande amor, y tan abrasada caridad

sino para nosotros sus hijos, nacidos del costado de su Hijo y de su corazon desgarrado? Si nosotros queremos mostrarnos como hijos ella anhela mostrarse como madre, y como tal se muestra con nosotros aun en medio de nuestros desvios, y apesar de nuestras ingratitudes. Sus ojos estan siempre fijos en nosotros, y siempre está abierto su seno lleno de amor y de gracia para que todos, si quieren, se acerquen á recibir de su plenitud, el enfermo salud, el cautivo redencion, el triste consuelo, el pecador remision de sus culpas, el justo aumento de gracia, la doncella fortaleza para sus combates, el jóven direccion para sus caminos, el varon prudencia y buen acierto en sus negocios, la esposa luz y gracia para los deberes de su estado, la madre valor cristiano y celo ardoroso para santificar el hogar doméstico, y todas las clases y condiciones los auxilios divinos que han menester para cumplir su destino en la tierra y lograr el fin último de la vida que es la dicha del cielo.

Tened fé en el poder ilimitado de la Virgen y acudid con ilimitada confianza al amor omnipotente de la que os dice con acento maternal: Venid á mi, y os saciareis de mis frutos que son frutos de honor, de honestidad, de

grandeza y de gloria que el mundo no puede dar.

A tí acudiremos siempre, Reina del cielo, y Madre del mundo, porque sabemos que cuando te acercas al trono de Dios, vas á rogar por nosotros, no como sierva, sino como Señora, y estamos ciertos que cuanto pides, alcanzas, y que nada te niega el divino Salomón. A tí clamaremos desterrados, los hijos de la primera Eva; á tí suspiramos ahora en nuestras necesidades que son grandes, y con fervoroso acento te decimos: *Mala nostra pelle*. Nuestros males son inmensos, y no hay salud ni esperanza de salud entre los hijos de los hombres. Males del cuerpo, y males del alma, males profundos en el orden intelectual, nublado por mii errores absurdísimos, males en el orden moral, perturbado y afeado por todos los vicios de la fábula, males en el orden social, agitado por pasiones anárquicas, y conmovido por cataclismos espantosos; males en el orden religioso, combatido por herejías audaces, y aherrojado por un mundo oficial depravado y sin Dios; hé aquí nuestros males que hacen amarga nuestra existencia y comprometen nuestra eterna salvación.

Desterrad, Madre nuestra, los

males que nos afligen, y pedid á vuestro Hijo todos los bienes que nos faltan, la gracia sobre todo, la fé viva, las virtudes cristianas que nos harán dichosos por toda la eternidad.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Ntra. Sra. de los desamparados.

Cuenta la historia que en el año 1380 se reunieron diez piadosos caballeros en la ciudad de Valencia con el fin de fundar una cofradía ó hermandad, para recoger los niños desamparados, que en Valencia eran llamados *Faltos*.

El principal objeto de esta cofradía, llamada *Monte de Piedad*, fué en su principio el de no dejar perecer á las pobres criaturas abandonadas en la ciudad y en los caminos, ya recién nacidos, ya en los primeros años de la infancia.

Para llenar de una manera digna su misión, buscaron una casa que sirviera de albergue á los niños desamparados, y para atender á los gastos que ocasionaba su tan noble instituto, no se desdijeron de ir implorando por todas partes la caridad pública.

El Señor protegió á los diez piadosos valencianos, y su obra progresó de una manera rápida y asombrosa.

No solo podían subvenir con las limosnas de los fieles á los gastos de la estancia y primera educación de los niños, sino que llevaron mas allá sus buenos deseos, y los pobres y peregrinos que llegaban de paso á la ciudad del Túria, en-

contraron hospedaje en aquel religioso asilo.

La fama de esta caritativa hermandad fué pronto universal y con las cuantiosas imosnas que se recogian, se construyó una casa y capilla, en la que luego desearon colocar una imágen de la Santísima Virgen.

Encontrando mil dificultades para obtener esta imágen, encomendaron el negocio á un virtuoso varon, al célebre Fr. Juan Gilaberto Jofré, que con su predicacion y exhortaciones habia inspirado á los diez caritativos valencianos el establecimiento ó fundacion del *Monte de Piedad*.

Confundidos con otros pobres y peregrinos, pedian un dia á principios del siglo XV, hospitalidad en la casa de la cofradia, tres hermosos mancebos, que trabaron enseguida animada conversacion con el hermano que se hallaba aquel dia asistiendo en el benéfico asilo.

Con gran atencion oyeron los razonamientos del piadoso cofrade, que se quejaba, con sus demás compañeros de no poder tener en la capilla la deseada imágen de la Santísima Virgen.

—No os apureis ya más, exclamó uno de los mancebos peregrinos, luego vuestra piadosa aspiracion quedará satisfecha. Colocadnos en un sitio apartado y solitario donde nadie pueda distraernos y yo y mis dos compañeros os prometemos que no han de pasar muchos dias sin que tengais en vuestro poder esa tan ansiada imágen de nuestra amorosísima *Madre*.

—El cielo, sin duda, os envia, contestóle el hermano, haced pronto lo que

prometeis, y si sois hábiles escultores, fabricad sin demora la imágen de Maria.

Nadie os molestará en esos dias que pensais ocuparos en vuestro piadoso trabajo.

Dióse parte inmediatamente de todo á Fr. Jofré, que se apresuró á proporcionar á los peregrinos escultores los materiales necesarios para empezar en seguida la obra.

Destináronles una habitacion apartada y silenciosa y dejándoles alimentos suficientes para los tres dias que habian pedido para la fabricacion de la imágen, encerráronse en aquella á fin de evitar el ser molestados ni distraidos.

Pasaron los tres dias y la habitacion permaneció cerrada.

Extrañáronse los hermanos, pero dejaron pasar otro dia.

Viendo que tampoco en este daban señales de haber concluido la obra, se decidieron á averiguar el motivo de la tardanza.

La hermana de uno de los cofrades, que era ciega y tullida, habia sentido, desde el momento que llegaron al hospicio los tres mancebos, un presentimiento en su interior de que habia en ellos algo de extraordinario, é instó con vehemencia á los hermanos que abriesen el improvisado taller de peregrinos.

Avisado antes de hacerlo el P. Jofré admirándose este virtuoso sacerdote de que no hubiesen salido aun los tres mancebos, fué tambien del mismo parecer de la ciega, y ordenó que se llamase á la puerta del departamento y se preguntase la causa de la tardanza.

Inútilmente llamaron varias veces.

La puerta no se abrió: ya con algún cuidado los cofrades, no quisieron esperar más tiempo y forzaron la puerta.

Con gran sorpresa de todos, encontraron desierta la habitación, y en medio de ella, acabada y perfecta una bellísima imagen de María.

No pudieron menos de atribuir á milagro del Señor omnipotente la maravillosa construcción de aquella imagen.

—Ángeles, sí, ángeles son, de los que rodean el Trono del Altísimo, los que han ejecutado tan preciosa obra; exclamó la pobre ciega que al entrar en el taller de los peregrinos recobró milagrosamente la vista y se halló sana y buena.

—Pues que el Señor y su Santísima Madre dispensan tan especial beneficio, exclamó Fr. Jofré, postrémonos ante su sagrada imagen, y después de adorarla humildes y reverentes, llevémosla al altar que tiene preparado en la capilla para que allí puedan los fieles con nosotros manifestarle la gratitud que le debemos por tan singulares favores.

Extendióse por toda la ciudad la noticia del prodigioso suceso ocurrido en el hospicio, y deseando todos los valencianos ver con sus ojos la hermosa y milagrosa imagen fabricada por los tres ángeles en forma de peregrinos, encaminóse la gente á la casa de los cofrades, donde éstos les mostraban la comida intacta que les habian preparado, y en medio del aposento, expuesta á la veneración de los fieles la preciosa imagen.

Colocada que fué en su capilla, creció la devoción á esta santa imagen de un modo extraordinario y viéndose la protección decidida que dispensaba á los

fieles y los continuos milagros que obraba, fué aclamada por unanimidad por Patrona y Abogada de la ciudad de Valencia.

Por fin, en 18 de Marzo de 1667, declaróse con toda pompa y solemnidad el patronato de la *Virgen María de los Desamparados* sobre la ciudad y todo el reino de Valencia, con solemnísima procesion, asistiendo el Prelado, el cabildo y todo el pueblo con las autoridades y nobles caballeros á la cabeza.

Magníficos regalos ha recibido esta santa imagen por diferentes favores alcanzados y que la gratitud ha depositado en las manos de la *Señora*, siendo en joyas una de las más ricas imágenes de España. La corona que ciñe sus divinas sienes es de un valor inapreciable por hallarse toda ella cuajada de brillantes.

Entre los hechos extraordinarios que cuentan las crónicas referentes á la milagrosa Virgen de los Desamparados de Valencia, hay uno que merece especial mención.

Un caballero de Nápoles se encontraba preso en un calabozo de aquella ciudad á consecuencia de un asesinato que se le imputaba, y cuyo crimen de que era inocente, debía expiarlo en el patíbulo.

De rodillas en el duro pavimento de su prision, después de escuchada la fatal sentencia, el desgraciado caballero en medio de su angustia, invocó con fervor á la Santísima Virgen María, suplicándola como Madre de Misericordia, que tuviese de él en aquel terrible trance y le librase de la afrenta del patíbulo, pues era sabedora de su inocencia. La Divina Señora oyó su plegaria.

De pronto se llena de luz el oscuro calabozo, y en medio de aquella claridad aparece una hermosa matrona, llevando al niño Jesús en la mano izquierda, y en la derecha una azucena de plata, cubiertas sus vestiduras de espléndidas joyas.

—*No te aslijas cristiano, por tí acabo de suplicar al Dios omnipotente; El está contigo y te librará de la muerte haciendo ver á todos que te hallas inocente*, le dijo la divina Señora, permaneciendo un rato en la prisión y dejando al encarcelado caballero contento y consolado con la promesa que le hacía.

Cuando entraron los religiosos que debían prepararle á bien morir, les contó el caso con toda minuciosidad.

Preguntáronle los sacerdotes cual era la imagen á qu se había encomendado, á lo que respondió el caballero que invocó á la Santísima Virgen sin fijarse en determinada imagen.

—¿Y á cuál de las veneradas en Nápoles se parece la Señora aparecida? volvieron á preguntarle.

A ninguna, respondió el caballero, no he visto ninguna imagen aquí, ni en la forma, ni en el vestido, parecida á la Señora que me ha visitado.

Estando en esta conversacion, entró el carcelero en la prisión, manifestando al reo que unos hombres se habían presentado á los jueces y declarando la inocencia del caballero encarcelado, siendo ellos mismos los autores del crimen que á aquel se le imputaba.

—Libre estais ya, añadió el carcelero, podeis abandonar la prisión cuándo os plazca.

—Gracias, gracias Madre mía, bendi-

tísima Virgen María! exclamó el caballero. No descansaré hasta ver si encuentro vuestra imagen parecida.

Varias naciones recorrió el devoto y agradecido caballero buscando la imagen parecida á la Señora que le visitara en la prisión, y ya desesperaba de encontrarla, cuando llegó á Valencia y entró en el templo, dirigiéndose á la magnífica capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.

—¡Bendito y alabado sea Dios! exclamó cayendo de rodillas ante la divina imagen: ¡la hallé, la hallé! ¡encontré ya lo que buscaba!

Estas exclamaciones llamaron la atención de las muchas personas que había en la iglesia, y se acercaron algunas al peregrino, quien les refirió como había sido visitado en su calabozo por la Virgen, apareciéndosele tal como la veían allí en su capilla, con sus mismas vestiduras y joyas.

Todos los circunstantes prorrumpieron entonces en nuevas aclamaciones bendiciendo y alabando á *María Santísima*.

El caballero permaneció en la ciudad varios días, visitando con frecuencia á su *Soberana Protectora*.

Por fin hubo de salir de Valencia y dejando un donativo de cuatrocientos ducados, se volvió á Nápoles, propagando con incansable celo el culto á *Nuestra Señora de los desamparados*.

Esta bella imagen tiene de altura seis palmos y cuarta de medida valenciana. La materia de que se halla formada, no puede determinarse con precision, aunque ha sido varias veces examinada con gran detenimiento. En el brazo izquierdo lleva un niño Jesús hermosísimo y en la mano

derecha tiene una azucena de plata, con la que ha dado en ciertas ocasiones algunos golpes en su nicho, como cuando se conducía á un hombre inocente al cadalso, que al pasar por la capilla, detúvose el presunto criminal ante ella; para implorar el favor de la Señora.

Los primeros golpes que dió habian sido oídos por pocas personas, pero como se repitieran antes de que expiase en la horca el inocente reo, enterado del prodigio el virey del reino de Valencia exclamó:

— ¡A quien dá libertad la Reina, no puede condenarle el virey!

Con este mismo lirio conocen los cofrades de Nuestra Señora el sitio donde han de ir á buscar algun cadáver desamparado, pues lo mueve á derecha é izquierda, segun el lugar en que se encuentra.

Tambien se ha notado en varias ocasiones, que cuando se halla un reo en capilla, una de las lámparas que arden continuamente ante el altar de la Virgen, váse amortiguando poco á poco, mezclándose el aceite y el agua, poniéndose de un color negro cuando es un desamparado, y si es reo de muerte, de color de sangre, permaneciendo con estos colores hasta que se apaga.

El magnífico y suntuoso templo donde recibe culto *Nuestra Señora de los Desamparados*, fué construido el año 1652, siendo virey de Valencia el conde de Oropesa, que como otros muchos habitantes de la ciudad, se libraron de una terrible peste, gracias á la proteccion de aquella *Reina y Madre* de Misericordia.

EL TESORO DE PEPITA.

CUENTO PARA NIÑOS.

Vaya si era graciosa y traviesa la primogénita de los Marqueses de..... Pero á buen seguro no habia ninguna mas bonita que ella, aunque se buscara por toda la corte.

Aquellas manitas tan blancas y pequeñas, los ojos muy grandes y muy azules, siempre sonrientes, el cabello rubio, sujetado por una cinta azul y la boca muy pequeña, dos labios muy rojos, con unos dientes blancos como el marfil y chiquititos, muy chiquititos; solo uno ¡pícaro diente! habia huido de la compañía de los demás, dejando una mella que la daba un aire de viejecita encantador.

Quando salía por las tardes en compañía de la Miss Pepita parecia otra; tan grave y seria iba sentada en el *landeau*, que asemejaba perfectamente á su institutriz, á la cual hacia infinidad de travesuras; la escondia las gafas, la soltaba los puntos de la calceta y la desahacia el *crochet*, con lo cual rabiaba la pobre señora y Pepita reia, con una risa tan franca, tan ingénuo, que no habia mas que pedir; rabiaba que se calinaba con un beso y dos ó tres caricias á mas de una leccion de geografía ó de piano, nunca de inglés, porque Pepita habia declarado guerra á muerte al idioma de Shakespeare. Este era el único motivo de queja de la Miss, que no podia ver con tranquilidad este horror á su idioma, á su hermoso idioma, como ella decia. Por lo demás, Pepita era muy aplicada: hablaba el francés como una cotorra, tocaba el

piano tanto como alcanzaban sus manitas, sabía un poquito de historia y otro tanto de geografía, á mas de unas cuantas labores propias de su sexo.

Natural es que con estas condiciones, estuviesen sus padres locos de contento, y que satisficieran hasta sus menores caprichos, sobre todo, su madre, jóven y bella, pero con una de esas bellezas severas que imponen respeto.

No sabía negarla nada, y eso que con respecto á caprichos, era Pepita bastante exigente, sobre todo en los últimos tiempos; todo su afán consistía en el dinero. ¡Dínerol! ¿Para que quería Pepita dinero, si no le faltaba nada? Su cuarto estaba atestado de preciosos bebés con trajes lujosísimos, casas de muñecas muy lindas, y una infinidad de juguetes de mil diversas especies y agrupados en confuso monton. No obstante esto, casi todos los días hacía á su madre la misma petición.

—¿Me das dinero mamaita?

¿Pero muchacha, para que quieres el dinero? le respondía la marquesa.

—Para mi tesoro.

Y aquí terminaba el diálogo, porque, por mas que sus padres hacían por averiguar cual era el tesoro, ella no respondía mas que con un precioso mohín, y dándole un beso, se retiraba contenta, sonando las monedas en la mano.

Dispuesta ya la marquesa á averiguar el secreto de su hija, negóse un día á dar la cantidad que la pedía. Después de intentar Pepita convencer á su madre por todos los medios imaginables, se retiró del gabinete apesadumbrada y con las lágrimas en los ojos. Al cabo de un corto tiempo, volvió á entrar con una de sus mas lujosas muñecas en brazos.

—Ahora me darás el dinero, dijo con firmeza. ¿Me compras la muñeca?

—Pero, hija mia... dijo la marquesa.

—Sí, te la vendo.

Veamos, dijo para sí la marquesa; cuando con tanto empeño me pide el dinero, y cuando hace el sacrificio de su

mejor juguete, grandes deben ser sus deseos. La vigilaré á ver si soy mas afortunada que hasta aquí. Bien hija mia, dijo en voz alta. ¿Y cuanto quieres por ella?

—Lo que quieras, mamaita.

—Entonces tendrás bastante con este billete, dijo entregándole uno de cien pesetas.

—¿Que buena eres, mamá! ¡Te quiero mucho! dijo Pepita cubriendo a su madre de besos, y salió enseguida corriendo como una locuela con el billete en la mano y lanzando gritos de júbilo.

Siguióla la marquesa con mucha precaución. Pepita salió por la puerta de servicio, atravesó el patio y se internó por una escalera estrecha y oscura. Al final de la escalera se detuvo ante la puerta de una de las bohardillas. Llegó la marquesa á tiempo que pepita entraba y deteniéndose ante la puerta oyó dentro confuso rumor de sollozos. Se determinó, por fin á entrar, y entonces vió un espectáculo conmovedor. Pepita estaba besando á un niño de dos meses que en brazos tenía, mientras recibía asimismo los besos, confundidos con lágrimas de una mujer de aspecto enfermizo y de raidas ropas.

Ante aquel espectáculo, la marquesa sintió una emoción indescriptible de ternura, y abrazando á su hija, la dijo con acento del que solo tienen el secreto las madres cuando están satisfechas de sus hijos.

—Sí, tienes razón, hija de mi alma, tienes un tesoro inapreciable; tu tesoro es tu corazón. ¡Bendita, bendita seas!

ARTURO CAMPD.

(La Semana Católica)

